

**Bosquejo de los mensajes
para el Entrenamiento de Tiempo Completo
del semestre de primavera del 2022**

**TEMA GENERAL:
LOS CAPÍTULOS DEL 5 AL 8 DE ROMANOS:
EL NÚCLEO DE LA BIBLIA**

Mensaje nueve

Vivir en la ley del Espíritu de vida al amar al Señor con el primer amor

Lectura bíblica: Ro. 5:5; 8:2, 28-29, 31-39; Jn. 14:21, 23; 21:15-17; Ef. 6:24; Ap. 2:4-5, 7

I. La vida cristiana es una vida que es Cristo mismo quien vive por medio nuestro mediante Su operación en nosotros como la ley del Espíritu de vida—*Himnos*, #177; Ro. 8:2:

- A. Solamente Cristo puede ser un verdadero cristiano, pero en Sí mismo, Él únicamente puede ser Cristo; Él no puede ser un cristiano; Él debe entrar en nosotros, mezclarse con nosotros y vivir por medio de nosotros a fin de ser un cristiano; nosotros no podemos ser cristianos sin Él, y Él no puede ser un cristiano sin nosotros.
- B. Como la ley del Espíritu de vida en nuestro espíritu, Él se extiende hasta nuestras partes internas, tales como nuestra mente, parte emotiva y voluntad, y se convierte en varias leyes; de esta manera Él se mezcla con nosotros y llega a ser nuestro suministro de vida; cada vez que lo disfrutamos, somos un verdadero cristiano, un Cristo-hombre—Jer. 31:33; He. 8:10:
 - 1. Al obrar, al extenderse, la ley del Espíritu vida en nosotros, Dios nos hace iguales a Él en vida, naturaleza y expresión, y somos conformados a la imagen del Hijo primogénito de Dios—Ro. 8:2, 28-29.
 - 2. El Hijo primogénito es el prototipo, el modelo estándar, para la reproducción en serie de los muchos hijos de Dios, quienes son Sus muchos hermanos que constituyen Su Cuerpo para la expresión corporativa de Dios—v. 29; Ef. 4:20-21.
 - 3. La manera en que Dios reproduce en serie este prototipo es al forjar Su prototipo viviente, el Hijo primogénito, en todo nuestro ser; si cooperamos con este prototipo maravilloso y nos abrimos a Él, Él se extenderá desde nuestro espíritu, entrando a todas las partes de nuestro corazón—3:16-21.
- C. Cuando tomamos a Cristo como nuestro holocausto, Aquel que está absolutamente entregado a la satisfacción de Dios, la ley del Espíritu de vida se mueve y opera en nosotros para vivir en nosotros una vida que es la repetición de la vida que Cristo llevó en la tierra, la vida del holocausto—Lv. 1:3-4; Ro. 8:2; Ef. 4:20-21; Fil. 1:19-21a; Gá. 2:20; Hch. 28:9, nota 1:
 - 1. Cuando tomamos a Cristo como nuestro holocausto, somos unidos a Él, y Él y nosotros llegamos a ser uno; todas nuestras debilidades, defectos y faltas son llevados por Él, y todas Sus virtudes llegan a ser nuestras; para esto se requiere ejercitar nuestro espíritu mediante la oración apropiada a fin de que

la ley del Espíritu de vida se active en nosotros para hacernos uno con Él en términos de nuestra experiencia—Col. 4:2; Ef. 6:17-18; 1 R. 8:48, nota 1.

2. Puesto que la realidad de las ofrendas halladas en el Antiguo Testamento es Cristo, las leyes de las ofrendas corresponden a la ley del Espíritu de vida; esto muestra que incluso en el disfrute que tenemos de Cristo no deberíamos estar carentes de ley, sino que deberíamos ser regulados por la ley del Espíritu de vida—Lv. 6:9; Ro. 8:2; cfr. 1 Co. 9:26-27; Gá. 6:15-16; Fil. 3:13-16.
- D. “Tu Espíritu te imparte a mí, / Te une a mi espíritu; / Así soy siempre el mismo yo, / Mas a la vez también soy Tú”—*Himnos*, #205, estrofa 7.

II. A fin de vivir en la ley del Espíritu de vida, necesitamos amar al Señor con el primer amor; amar al Señor con el primer amor, el mejor amor, es darle al Señor la preeminencia, el primer lugar, en todas las cosas, al ser constreñidos por Su amor a fin de considerarlo y tomarlo como todo en nuestra vida—Ap. 2:4-5; Col. 1:18b; 2 Co. 5:14-15; Mr. 12:30; Sal. 73:25-26; 80:17-19:

- A. El Dios Triuno procesado y consumado como la ley del Espíritu de vida que mora en nosotros es el amor mismo; cuanto más Él opera en nosotros, más somos introducidos en el amor como el corazón de Dios, y más nos atrae y hace que lo amemos—1 Jn. 4:8, 16, 19; Ef. 3:16-21; Ro. 5:5; 8:2, 28-29, 31-39.
- B. Por medio de la fe recibimos al Señor (Jn. 1:12-13), y por medio del amor disfrutamos al Señor a quien hemos recibido (14:21, 23; 21:15-17; Gá. 5:6; 6:15).
- C. El amor por el Señor surge en cada uno de nosotros cuando tenemos una visión de Su persona; dejar el primer amor por el Señor es la fuente y la razón principal del fracaso de la iglesia a lo largo de los siglos; únicamente el amor puede mantenernos en la relación apropiada con el Señor—2 Co. 11:2-3; 2 Ti. 1:15; Ef. 1:4; 3:17; 4:2, 15-16; 5:2; 6:24; Ap. 2:4-5, 7.
- D. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es arrepentirnos y hacer las primeras obras; las primeras obras son obras que proceden del primer amor; si hemos dejado nuestro primer amor por el Señor y no nos arrepentimos y hacemos las primeras obras, perderemos el testimonio del Señor, y el candelero será quitado de nosotros—vs. 4-5, 7; 1 Ts. 1:3; 2 Co. 4:5; cfr. 1 Co. 15:58; 16:10; 2 Co. 1:24.
- E. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es tener una relación personal, afectuosa, privada y espiritual con el Señor—Cnt. 1:1-4.
- F. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es llevar una vida de avivamiento matutino día tras día a fin de que podamos satisfacer a Cristo al ser Sus jóvenes como el rocío desde el seno de la aurora (Sal. 110:3), que podamos tener lengua de discípulo para que sepamos sostener con una palabra al cansado (Is. 50:4-5) y que podamos tener comunión con Dios, buscando la voluntad y el beneplácito de Dios en pro de Su servicio del evangelio (Mr. 1:35).
- G. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es llevar una vida de consagración día tras día, llegando a ser los nazareos de hoy, que están completamente separados para Dios y saturados de Dios a fin de bendecir a los hijos de Dios al impartir Dios en Su Trinidad Divina en ellos—Sal. 110:3; Nm. 6:1-9, 22-27.

- H. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es llevar una vida de oración—1 S. 12:23; Mt. 6:6; 14:22-23; Dn. 6:10; 2:17-18; 1 Ti. 2:1; 2 Ti. 1:3; 1 Ts. 5:17.
- I. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es amar, atesorar y reflexionar en la palabra de Dios—Sal. 119:11, 14-15, 23, 48, 72, 78, 97, 99, 111, 113, 119, 127, 140, 147-148, 159, 162-163, 165, 167.
- J. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es ser gobernado por la presencia directa y de primera mano del Señor—Éx. 33:11, 14; 13:21-22; 2 Co. 2:10; Éx. 25:30, notas 1 y 2.
- K. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es amar a la iglesia en el Cristo que ama a la iglesia—Ef. 5:25; 2 Co. 12:15; 1 Co. 16:24.
- L. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es amar el ministerio que edifica la iglesia—2 Co. 8:5; 1 Jn. 1:3; Ef. 4:11-12.
- M. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es vivir y andar por el Espíritu, servir por el Espíritu y ministrar el Espíritu—Gá. 5:25; Fil. 3:3; 2 Co. 3:6; Zac. 4:6; Jue. 9:9; cfr. 1 S. 2:30b.
- N. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es tomarlo a Él como la fuente de aguas vivas; la intención de Dios en Su economía es ser la fuente, el origen, de aguas vivas a fin de impartirse en Su pueblo escogido para satisfacción y gozo de ellos con miras a producir la iglesia, el complemento de Dios, en calidad de agrandamiento de Dios para que ella llegue a ser la plenitud de Dios a fin de ser Su expresión—Jer. 2:13; Jn. 4:14b.
- O. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es comerle como el árbol de la vida; comer a Cristo como el árbol de la vida, es decir, disfrutar a Cristo como nuestro suministro de vida, debería ser el asunto primordial en la vida de iglesia—Ap. 2:7.
- P. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es venir a Él continuamente para contactarle, tomarle, recibirle, gustarle y disfrutarle—Is. 57:20, nota 1.
- Q. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es tomarlo a Él como nuestra centralidad —nuestro centro que sostiene— y nuestra universalidad: nuestro todo; necesitamos tomarlo a Él como el centro, el contenido y la circunferencia de nuestro universo personal—Col. 1:17b, 18b.
- R. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es empeñarnos en conseguir el honor de serle agradables al ejercitar nuestro espíritu de fe para creer que Dios es y que nosotros no somos—2 Co. 4:13; 5:9; He. 11:5-6; Gn. 5:22-24.
- S. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es tener un cielo despejado como cristal asombroso con el trono de zafiro de Dios por encima de éste; esto significa que no hay nada entre nosotros y el Señor y que estamos llenos de la atmósfera, condición y situación celestiales de Su presencia rectora, permitiéndole regir y reinar dentro de nosotros como nuestro Rey, entronizándolo así como el Gobernador y Aquel que toma todas las decisiones en nuestra vida—Ez. 1:22, 26; Is. 6:1-8; cfr. Jn. 12:41-43.
- T. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es asirnos de Él como la Cabeza, permaneciendo íntimamente conectados a Él,

creciendo en Él y ejerciendo nuestra función a partir de Él, de modo que todo el Cuerpo cause el crecimiento del Cuerpo para la edificación de sí mismo en amor—Col. 2:19; Ef. 1:22-23; 4:15-16.

- U. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es pedir el consejo de Jehová en cada detalle de nuestra vida y obra cristiana; esto es lo que significa hablarle a Cristo como la roca herida, pidiéndole en fe que nos dé el Espíritu, a fin de que podamos recibir el Espíritu viviente como el suministro abundante—Jos. 9:14; Fil. 1:19-21a; Lc. 11:13.
- V. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es darle al fluir de vida, al fluir del Señor Jesús en nuestro interior, la preeminencia en todo lo que somos y hacemos; entonces Él será en nosotros Aquel que resplandece, Aquel que redime, Aquel que reina, Aquel que fluye y Aquel que suministra—Ez. 47:1; Ap. 22:1-2.
- W. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es ser dominados, gobernados, dirigidos, guiados y movidos por nuestro espíritu mezclado, ocupándonos del reposo en nuestro espíritu al ser Sus cautivos y al orar: “Señor, hazme Tu cautivo. Nunca me dejes ganar. Derrótame todo el tiempo”—2 Co. 2:13-14.
- X. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es entronizarlo a Él con nuestras alabanzas; la alabanza es la obra más elevada llevada a cabo por los hijos de Dios—Sal. 22:3; 119:164; 34:1.